

Homenaje a Don Pedro Calderón de la Barca

José ALCALÁ-ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO

Excelentísimo señor Ministro de Defensa, excelentísimo señor Jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, excelentísimas señoras y señores, señores jefes, oficiales y soldados del Ejército español, señoras y señores:

Hoy, 17 de enero, se cumplen los cuatrocientos años del nacimiento de don Pedro Calderón de la Barca, gran español, dramaturgo genial, una de las tres cumbres del teatro universal, y distinguido soldado del Ejército de España. El Ministerio de Defensa ha querido honrar su figura y, al honrarla, cuando tantos olvidos o desidias institucionales lamentamos, se honra con méritos de sensibilidad y patriotismo. Porque si no recordamos a los hombres ilustres que con sus obras han hecho de España una de las mayores potencias culturales del planeta quedaremos desarraigados, en vergüenza ante el mundo y culpables de la desorientación y desamparo de nuestros jóvenes en el laberinto de la confusión de los auténticos valores en el mercado de las novedades, con vacío de referencias de identidad que enriquezcan y afirmen sus pasos hacia el futuro.

Ningún ejército de ningún país puede enorgullecerse como el nuestro de haber contado en sus filas activas a tres creadores literarios de la talla de Cervantes, Calderón y Baltasar Gracián, capellán castrense, cuyos cuatrocientos años también se cumplen. Y pocas plumas han escrito tan bellas cosas acerca de la profesión militar como el célebre discurso cervantino sobre las Armas y las Letras, o aquella frase de don Quijote, en el capítulo XXIV, II, donde afirma «no hay otra cosa más honrada que el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos más honra que por las letras» o como tantos y tan hermosos elogios calderonianos a la «religión de hombres honrados» que constituye el alma de la milicia.

Claro está que hemos de coincidir con el favorable juicio de nuestros clásicos, porque en el mundo actual, sin una fuerza militar preparada, culta y suficiente, y esto lo deben comprender los europeos, no es posible alcanzar la dignidad de la independencia ni la firmeza necesaria en el diálogo de los asuntos económicos o humanísticos...

Procede, en este solemne acto castrense, que subrayemos las razones concretas que vinculan a Pedro Calderón con las fuerzas armadas de nuestro país y justifican con creces el homenaje que le rinden hoy. Procuraré exponerles una síntesis de los servicios militares cumplidos por el dramaturgo.

Aunque no tengamos la certeza, personalmente creo que estuvo en la guerra de Flandes, con ocasión del sitio de Breda: textos teatrales muy precisos y elocuentes de aquel gran silencioso acerca de su persona y el difícil dominio del armamento que demostró en 1640, entre otras varias razones, abonan la presunción. Crítico y generoso, como su hermano espiritual, Velázquez, cantó las glorias del vencedor y las razones del vencido en el drama que sobre el célebre cerco de la plaza compuso y donde también exaltó, en octava magistral, la psicología de aquellos soldados españoles que señorearon Europa y que eran, como todos sabían, el alma, el corazón, el nervio de los ejércitos de Felipe IV:

Éstos son españoles, ahora puedo
hablar encareciendo estos soldados
y sin temor, pues sufren a pie quedo
con un semblante, bien o mal pagados.
Nunca la sombra vil vieron del miedo
y aunque soberbios son, son reportados.
Todo lo sufren en cualquier asalto,
sólo no sufren que les hablen alto.

Al producirse en 1640 el levantamiento de Cataluña, don Pedro, no obstante su para entonces avanzada edad de cuarenta años y su prestigio y posición en la Corte, se enroló inmediatamente en el aristocrático regimiento de las órdenes Militares, al que podía incorporarse por su rango de caballero de Santiago. Las calles de Madrid, cuando no pocos se escaqueaban de sus obligaciones, lo vieron desfilar «en silla de borrenes, con pistolas y coraza».

El 29 de septiembre partía hacia Cataluña en la compañía de coraceros, o caballería pesada, los «carros» de la época, del conde-duque. Se incorporó al frente de combate sur, en el sector de Tortosa, el veinticinco de octubre. Actuó en docenas de acciones y en los importantes combates y batallas de Perelló, Coll de Balaguer, Hospitalet, Cambrill, Vilaseca, Salou, Constanti, donde, aunque con más fortuna que su maestro Cervantes, fue herido en una mano, sin que abandonase su puesto hasta el término de la acción, Tarragona, Marto-

rell, asalto de Barcelona y defensa de Tarragona. Tras trece durísimos meses de campaña, regresó a Madrid e informó personal y extensamente a Olivares y al rey de la situación bélica y política en el Principado.

Pero don Pedro, hombre de acción enérgico y valeroso según acabamos de ver, a diferencia del energúmeno Quevedo, con su insultante escrito a los catalanes, supo y quiso tender la mano a éstos y buscar caminos de diálogo y acuerdo en su ponderado discurso «a la ilustre Barcelona, con ofrecimiento de paz y concordia y promesa de inviolable duración de sus fueros».

En 1642 tornó Pedro Calderón a la guerra catalana, ahora en el sector de Lérida. El reconocimiento de ser soldado «benemérito», cito textualmente, y «que ha servido con toda puntualidad, como muy honrado y valiente caballero», se le nombra cabo de escuadra, modesta graduación, pero siempre estamos a tiempo de remediarlo, aunque sea post mortem.

A principios de octubre, el general marqués de Leganés movió su poderoso ejército, dieciocho mil infantes y siete mil caballos hacia la capital leridana. En la noche del 7 al 8 de octubre las tropas de Felipe IV realizaron desde Fraga, con toda la voluminosa impedimenta, una marcha forzada; y al salir el sol se ponían ante Lérida, en la zona de la colina de los Cuatro Pilares, donde aguardaba el ejército francés del mariscal La Mothe. Sin descansar ni comer, dio Leganés ordenes de atacar las posiciones enemigas. La artillería gala batía el campo con eficacia. Entonces se mandó cargar a los trescientos jinetes de la caballería pesada del maestro de campo don Rodrigo de Herrera, en cuyos escuadrones formaba el cabo Calderón de la Barca. Bajo una lluvia de fuego, tomaron la batería enemiga y condujeron sus cañones al campo español. Sería, seguramente, la última hazaña guerra de don Pedro. El ala derecha francesa estaba rota, pero la lucha se prolongaba y las tropas españolas se hallaban exhaustas. Entraron en acción las reservas galas y al atardecer el ejército de Felipe IV hubo de emprender la retirada, dejando varios miles de muertos tras de sí. De esta derrota y de sus causas y errores cometidos se habló durante meses en los corrillos madrileños. La decepción de Calderón hubo de ser enorme. Pidió licencia, por motivos de salud, para dejar las filas, que se le concedió el 15 de noviembre. En adelante, en sus comedias, zarzuelas y óperas insiste obsesivamente en el tema del amor y de la sabiduría como remedios de la violencia. En cuanto a la decisiva plaza de Lérida, se recuperó definitivamente a finales de julio de 1644, con la presencia y apoyo decididos de Felipe IV.

Todavía debemos referirnos al hermano menor del dramaturgo, José, editor de sus primeras obras y brillantísimo militar, quien, con una graduación parecida a la de general de brigada hoy, caería heroicamente en junio de 1645, defendiendo con unos pocos centenares de hombres el paso del Segre a la altura de Camarasa contra todo un ejército francés. Hace cinco años quise

llegar hasta allí, y a las orillas del río, cerca del viejo puente donde murió José aquel verano, recordé con orgullo e infinita melancolía, como los recuerdo ahora, a los héroes olvidados de nuestra historia militar.

Terminaré con unos versos menos conocidos de don Pedro Calderón, procedentes de su drama de 1659 *En la vida todo es verdad y todo mentira*, obra compleja y de gran empeño intelectual. En ellos se canta, al exaltar el valor simbólico de la espada, el significado de las armas como servicio, como gloria, como responsabilidad y como virtud; subrayando, podríamos decir en términos amplios, el elemento ético que siempre debe presidir, en concordancia con tan noble instrumento, los actos de la profesión militar y, por analogía, los de los demás oficios públicos:

CRIADO 2º: Ciñe la espada
HERACLIO: Con miedo
 llego a ceñirme la espada.
CRIADO 2º: ¿Por qué?
HERACLIO: Porque en los avisos
 que de ella Astolfo me daba
 me decía que era ella
 el tesoro de la fama
 en cuyo crédito acepta
 valor todas sus libranzas,
 jeroglífico que fácil
 hizo el uso, pues te tratan
 muchos como adorno y no
 como empeño. Ven, fiada
 en que se que hubiera pocos
 que ciñeran tu hoja blanca
 si el día que se la ciñen
 supieran de qué se encargan

(acto II, versos 988-1001).

Valgan mis palabras como humilde, pero muy emocionado homenaje, a mi amigo de miles de horas de estimulante lectura, quien, además de uno de los más altos genios de la Europa que estamos construyendo, fue un buen soldado de los ejércitos de España, el cabo don Pedro Calderón de la Barca y Henao.